

El plato de sangre

Todos los días nos sirven
el mismo plato de sangre.
En una esquina cualquiera
—justo, omnisciente y armado—
guarda el dogmático sin cara, sin nombre.

Ejercicio preparatorio

El asesinato de Luis Donaldo Colosio es el último de una sucesión de actos de violencia que han enturbiado el proceso electoral y comprometido la paz de la nación. Lo que debería ser una contienda pacífica amenaza con transformarse en un período de turbulencias intestinas, como los que desgarraron a nuestra patria en el siglo XIX y en los años de la Revolución mexicana. ¿Se ha abierto de nuevo el ciclo fatal que durante más de un siglo nos llevó de la dictadura a la anarquía y de la anarquía a la dictadura? Si fuese así, México estaría perdido. No lo creo.

La democracia, no me he cansado de repetirlo, es sobre todo una cultura, es decir, es un aprendizaje. La historia de las viejas naciones democráticas —como Inglaterra, Francia y Estados Unidos— nos enseña que ese aprendizaje fue lento, penoso y no pocas veces sangriento. Fueron necesarias dos guerras mundiales para que, al fin, los alemanes descubrieran a la democracia. Los japoneses, los españoles y los italianos —para citar ejemplos muy conocidos— tardaron más de un siglo para darse regímenes realmente democráticos. Nuestras dificultades y quebrantos no son una excepción histórica. Pero la perspectiva que han abierto los recientes actos de violencia es inquietante. La disyuntiva es clara: o somos capaces de crear las condiciones políticas y morales que requiere la democracia moderna o regresamos a la anarquía, antesala de un régimen de fuerza.

Todos los mexicanos conscientes —la parte más viva y despierta de la nación— desean ardientemente conservar la paz y, simultáneamente, asegurar el tránsito pacífico hacia una sociedad más justa y más libre. El único camino para alcanzarla —lo sabemos de sobra, especialmente después del terrible fracaso del socialismo autoritario— es la democracia. Y la democracia comienza con elecciones libres, limpias y pacíficas. Así, lo más urgente es impedir que la violencia se extienda. Es difícil, pero no imposible. Se trata de llegar a una suerte de pacto social destinado a lograr no la imposible concordia sino la tolerancia.

Ya señalé que a partir del primero de enero se han sucedido diversos actos de violencia pública. No creo, apenas si necesito decirlo, que haya una relación directa entre la insurrección campesina de Chiapas, limitada a la región de La Cañada, y el execrable asesinato de Luis Donaldo Colosio. Pero es inquietante y aún más: revelador —que ambos sucesos hayan sido precedidos y acompañados por enconadas disputas políticas. Desde hace meses se respira un aire envenenado por la discordia. Los diarios y revistas están llenos de encendidos artículos que son, de hecho, apologías de la violencia. La revuelta de Chiapas dio ocasión a muchos escritores para pergeñar especiosas justificaciones de la violencia como última ratio. No menos sorprendente es el número,

la frecuencia y la acidez de las polémicas políticas. Los ideólogos se destrozan entre ellos y los dirigentes se acusan unos a otros ante el asombro de sus partidarios. En la vida de las sociedades hay momentos en los que la diversidad de las opiniones se transforma en gritería e incoherencia; otros en los que las divergencias se convierten en desunión general. Todos sabemos que la desunión es el comienzo del desorden y que, a su vez, el desorden engendra la violencia. En este clima de rencores e intolerancia, el asesinato de Luis Donaldo Colosio —un político joven que luchaba pacíficamente, esto hay que subrayarlo, por sus ideas— adquiere toda su trágica significación.

Sería inútil cerrar los ojos ante lo evidente: la irrupción de las pasiones sin freno. Todo nos avisa, del levantamiento de Chiapas al crimen de Tijuana, que ha reaparecido entre nosotros el elemento demoníaco de la política. En las luchas entre los hombres, especialmente aquellas que tienen como centro la conquista del poder, la tragedia nunca está ausente. Esto es algo que no nos habían dicho los politólogos y los sociólogos en sus lucubraciones y en sus estadísticas pero que es la esencia, la verdad sombría, de muchas grandes obras del teatro universal. Realidad terrible de los fantasmas: un pasado que creíamos enterrado con el asesinato de Álvaro Obregón, regresa ahora y reclama su ración de sangre. Cierto, la violencia es universal y no debería sorprendernos que hoy nuestro país sea el teatro de sus crueles e insensatas acciones. Lo que ha sucedido hoy en México no es distinto al asesinato de los hermanos Kennedy, al de la familia Gandhi o el de Luther King. Pero la universalidad del mal no es ni puede ser un consuelo: la sangre derramada ahora es mexicana y la mano que empujó el arma también es mexicana.

¿Qué podemos hacer nosotros, cualesquiera que sean nuestras ideas y nuestras inclinaciones políticas, para impedir la vuelta de la violencia? La razón, madre de la tolerancia, es la única que puede conjurar a los fantasmas sangrientos. Lo más importante es recobrar la serenidad. Es fácil decirlo, muy difícil realizarlo. Ante todo: aunque es una tarea colectiva cada uno debe realizarla en su esfera particular y de manera individual. No pido que reine la cordialidad en las contiendas políticas: pido respeto por las razones de nuestros interlocutores y adversarios. Nuestros vecinos tienen derecho a pensar de una manera distinta a la nuestra y esto no los convierte en enemigos. En el caso de los escritores y los periodistas, nuestra acción debe orientarse hacia lo más urgente: evitar que las polémicas se conviertan en riñas. Deben cesar las acusaciones irracionales, las calumnias innobles y los vituperios iracundos. La literatura y el periodismo, sobre todo los de ideas y de combate, no son ni deben ser un ejercicio de buenas maneras; si lo son de probidad intelectual y de íntimo respeto por las opiniones adversas. Para cerrar las puertas a la violencia física, hay que comenzar por cerrarlas a la violencia verbal e ideológica.

OCTAVIO PAZ

México, D. F., a 24 de marzo de 1994